

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ

CRÓNICAS

PREMIO NACIONAL DE PAZ



CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: fescol@fescol.org.co

www.fescol.org.co

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

ctovarleon@gmail.com

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

CONTENIDO

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

LA FAMILIA AUSENCIA <i>Cristian Valencia</i>	131
CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN <i>Pilar Lozano</i>	145
EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	161
"HERMANO PARA SIEMPRE" <i>Marta Ruiz</i>	187
VOLVER A EMPEZAR <i>Sandra Janer</i>	199

PRÓLOGO

UNA PAZ ESQUIVA*

En Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ
EDITORA

MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO

JOSÉ ALEJANDRO CASTAÑO*

A través de la radio y la televisión, el Colectivo de Comunicaciones de los Montes de María ha trabajado por la reconciliación, el diálogo, la cohesión social y la identidad de la gente de esa región de la Costa. Su labor ha sido clave para que la comunidad mantenga espacios de autonomía, esperanza e identidad a pesar de las masacres, los asesinatos y el desplazamiento que ha sufrido su población. Por eso merecieron el Premio Nacional de Paz en el 2003.

* Estudió periodismo en la Universidad de Antioquia. Ha trabajado para *El Colombiano*, *El País*, *El Tiempo* y *El Herald*, medio del cual fue Editor general. Es asesor editorial de la revista *Soho*, de la que es cronista habitual. Ha publicado crónicas en *Gatopardo* y *Letras Libres* de México, *Alma Magazin* de Estados Unidos, *Le Figaro* de Francia, *Lateral* de España y *Currier* de Japón, entre otras publicaciones. Finalista del premio de periodismo de la Universidad de Columbia de Nueva York en 2002, ganó el premio Rey de España en 2003 y el premio Simón Bolívar de periodismo en 2005, 2006 y 2007. En 2002 ganó el premio Latinoamericano de Literatura Casa de las Américas, en Cuba, con el libro *La isla de Morgan*. Publicó con Editorial Norma *¿Cuánto cuesta matar a un hombre?*, en 2006, y *Zoológico Colombia*, en 2008. Ha sido profesor universitario y conferencista en diversos eventos internacionales de periodismo. Hace parte del programa Nuevo Cronista de Indias, de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Actualmente es corresponsal de la revista *Semana* en Medellín.

Se llama Abel Montes Cabello, eso dice. Zapatos grises, medias azules, camisa de manga larga, un trapo a manera de bufanda, ojos negros, yo tomo nota a toda prisa. Hablamos mientras el semáforo está en verde y los carros pasan, después él se va, cuando el rojo los detiene, y aprovecha para ofrecerles rosas a los conductores, amarillas, rojas, blancas, unas rosadas, todas de exportación, dice, luego regresa. La puntuación de su testimonio la impone el tráfico que asciende por la vía a La Calera, en el norte de Bogotá. Manos largas, nariz torcida, cincuenta y tantos kilos de peso, eso calculo, un metro setenta, tal vez menos. Él es otro de una muchedumbre de miles. A quién le importa.

—Sí, entonces en mi casa teníamos dos vacas gordas y sanitas. Hacíamos queso, cuajada, tortas, suero, bendito dios. Yo llevo años sin tomarme un buen vaso de leche, será que ya no me provoca. Éramos seis: mi papá, mi mamá, tres hermanos hombres y una mujer. Mis viejos eran muy creyentes. En la casa siempre hubo marranos y gallinas y unos patos. Eran de adorno, tenían nombre, nadie se los comía, la carne de pato es dura. Después fue que llegaron los unos, después los otros, y todo se fue a la mierda, patrón.

—Yo qué me iba a imaginar vendiendo rosas en Bogotá. A veces también vendo fresas. Yo no conocía las fresas. Por mi tierra no se ve de eso. Es una fruta como de páramo. Aquí siempre llevo saco y unos guantes por la mañana. Dicen que la alegría es calor y la tristeza frío. Yo creo que sí, bendito dios.

—A mi papá y a mis hermanos los picaron con garrote, usted ya debe saberse esas historias. Fue en El Salado. Los picaron con martillos y piedras, así como le cuento. Yo me salvé porque andaba

curándome una pierna donde un tío, bendito dios. A mi hermana la mataron, pero fue después, en otro lado. A ella sí le clavaron un tiro de fusil por un oído, pobrecita. Yo hace tiempo no hablaba de eso, para qué. Una vez, recién llegamos a Bogotá, pintamos un cartel de desplazados y nos pusimos a pedir limosna en los semáforos con gente de otros lados, de Nariño, de Antioquia, de Santander. Ni le cuento. Las personas siempre piensan que uno les va a robar y ni siquiera bajan el vidrio.

—Es que para uno, enseñado a ganarse lo que se come, estirar la mano es muy jodido, bendito dios. Mi mamá está en San Onofre. Ella no fue capaz de estar aquí conmigo porque le tiene miedo al frío. Se la pasa rezando. Yo la llamo donde unos primos y le dejo razón. Siempre me deja dicho que me arrope bien. A nosotros que somos campesinos de tierra caliente, la tristeza nos pone a vivir como ovejas, así, peludos, a toda hora con vainas encima. La otra vez vino por aquí una gente del distrito dizque a darnos no sé qué plata para que volviéramos al pueblo. Volver a qué.

—¿Sabe qué sí extraño? El jugo de corozo. Aquí en Bogotá no me da sed, o cuando me da me compro cualquier cosa. ¿Usted sabe cómo se prepara el jugo de corozo?.

* * *

Soraya Bayuelo es rara como su nombre. Rara o escasa, digamos, como se quiera entender. Cree en cosas místicas y se aferra a ellas con una terquedad de sordomuda: el amor, la bondad, el perdón, la justicia. ¿Habrá algo más improbable que eso?, ¿lograr justicia en un país como el nuestro? Bayuelo vive en Carmen de Bolívar, a 102 kilómetros de Cartagena, esa ciudad irónica, no heroica, la de las reinas bobas y algunos de los políticos más sucios de Colombia. La carretera serpentea desde allí, desde las murallas fotogénicas, cruza un puente alto al sur, del tamaño de un edificio de veinte pisos, y se adentra por entre pueblos con casas de cartón, niños desnudos corriendo por ahí, arrastrando botellas de gaseosa como si fueran carros de juguete, en las orillas árboles con loros, garzas blancas, los carros esquivando huecos, también iguanas muertas, a veces osos

hormigueros, cuatíes, culebras. Dos horas dura el recorrido desde la costa hasta al parque principal del pueblo. Bayuelo es la fundadora del Colectivo de Comunicaciones Montes de María, una organización no gubernamental que pretende hacer visible el dolor de las víctimas del conflicto armado.

Funciona en un extremo del parque, en una casa que antes fue la sede de un banco cuyo escudo, un sol arriba de una era de sembrados, todavía se distingue encima del muro sucio. Ahora el lugar, por suerte, alberga otro tipo de riqueza y siempre hay gente entrando y saliendo, señoras, niños, viejos, muchachos, algunos con hojas en las manos, libros, cartulinas, lápices de colores, discuten, usan palabras desconocidas en otras partes: concertación, visualización, análisis, propuesta, reflexión, comunidad, justicia, dignidad, autonomía, muchos son campesinos, madres de familia, pequeños en edad escolar, ¿por qué hablan tan raro?, ¿entienden lo que dicen?, ¿quiénes tienen la culpa de enseñarles a hablar así? Algún recién llegado al pueblo pensará que en esa vieja sede del banco se conspira algo. Y es verdad.

La convicción de Bayuelo y de las personas que la acompañaron en la fundación del Colectivo en 1994 fue esta: que tragarse el dolor enferma y que mejor que llenarse el alma de odios, de rencores y de espantos, mejor que eso, es llenarse la boca de palabras, ponerle nombre al dolor, a la impotencia, al susto, nombrar para distinguir las siluetas que acechan en la oscuridad. Al principio muchos en el Carmen no entendieron y los tildaron de locos. Aún faltaban por correr los peores días de una tragedia de la que ahora nadie sabe calcular sus muertos.

—El miedo comenzó a paralizarnos y decidimos hacer algo —dice Beatriz Ochoa, otra de las fundadoras del Colectivo, bautizado *Línea 21* por el canal en el que comenzaron a emitirse sus programas.

Ahora casi son las siete de la noche pero el sudor aún resbala por el cuello. Los insectos revolotean en las lámparas de los postes y un par de murciélagos agitan sus alas membranosas por entre las ramas de un árbol florecido. Suenan vallenatos y rancheras, en algún lugar una canción de Joe Arroyo. Esta noche no hay brisa y es posible

que la temperatura aún sea de treinta grados centígrados. Beatriz y Soraya Bayuelo están sentadas en 'la calle de los jugos', una hilera de negocios con aparadores al aire libre y frutas de todos los colores, algunas, dice un hombre enfundado en un delantal rojo, traídas de muy lejos, manzanas chilenas, kiwis argentinos, peras asiáticas. El agua con que las licúa también viene de otras tierras.

Carmen de Bolívar no tiene acueducto, a pesar de que lleva años recibiendo miles y miles de millones de pesos de la nación para construirlo. Tampoco tiene alcantarillado. Casi toda el agua que consumen sus 67.000 habitantes cae del cielo, providencial, y los desechos de las casas todavía corren por acequias, como a principios de su fundación, en 1771. —Si a la vagabundería de los políticos le sumas las atrocidades de los grupos armados, se entiende por qué la muerte se sentía tan cómoda viniendo por aquí —dice Bayuelo y sorbe un jugo que el sujeto de delantal rojo acaba de traerle, mezcla de manzana y zanahoria, sin azúcar. La primera tarea de *Línea 21*, una que todavía practican con la misma constancia de esos días, fue recoger las voces de la gente, sus versiones de los hechos más cotidianos; entonces se iban a la salida de la iglesia a preguntarle a las personas si era suficiente con pedirle a dios que los bendijera con la paz o si, además de eso, hacía falta sumar esfuerzos entre todos.

En los programas de aquellos días se ve a niños reporteros preguntándole a los motociclistas por qué, si es tan malo y peligroso, muchos insisten en conducir borrachos. Recuerdo haber visto esta encuesta en los archivos del Colectivo: ¿qué se necesita para ser un buen estudiante y aprovechar el tiempo en el colegio?, y esta otra: ¿cómo hacer para enseñarle a los niños a sentir orgullo por su municipio? Las voces de quienes preguntan y responden dudan, repiten palabras, se confunden en lo que intentan decir, tartamudean, el editor de un programa de televisión en Bogotá seguro tendría reparos, pero incluso, a pesar de cierto temblor en el lente de la cámara, tendría que reconocer un efecto de cercanía y de identificación con la gente que, por ejemplo, con muchísimos más recursos, no siempre logran los costosos programas de los canales privados.

Cuando las personas comenzaron a verse en los televisores de sus casas, a oír a sus vecinos, amigos, parientes, conocidos, sur-

gieron otras preguntas y un prodigio comenzó a suceder: —Fuimos entendiendo que nosotros también teníamos cosas para decir, y que eran importantes, que nuestras voces también podían ser escuchadas —dice Bayuelo. Pero los violentos, al parecer, no veían televisión, o si lo hacían seguro sintonizaban otros canales, no el 21 de El Carmen. Las muertes ocurrían una tras otra y tras otra y tras otra y tras otra. En las montañas de los Montes de María apareció un nuevo ejército de asesinos, las AUC, con la misión de expulsar a las hordas guerrilleras al precio que fuera. El precio, claro, lo pagaron otros, es decir los mismos: cientos de campesinos inocentes. En la barahúnda criminal, un lunes de 1998, cayó abaleado un hermano de Zoraya, Milton Bayuelo, de 37 años. No fue su único pariente asesinado. Una sobrina suya, María, de 14 años, murió quemada por una bomba incendiaria lanzada por la guerrilla contra una ferretería del parque. Esa vez otra niña también murió, y un hombre.

—Para mi fueron momentos muy dolorosos. Uno se preguntaba si sería capaz de seguir, si tendría fuerzas, ánimo, espíritu —confiesa Zoraya, ya con el vaso de jugo vacío, los labios sucios del brebaje de manzana y zanahoria. Los peores días llegaron después. El 20 de febrero de 2000, los paramilitares, secundados por oficiales y suboficiales del Ejército, ingresaron a El Salado, un pueblito en los Montes de María, y asesinaron a 66 hombres y mujeres a ritmo de gaitas y tambores. Nadie debería olvidar cómo fue: los enfilaron a todos y, lista en mano, los fueron matando como les vino en gana, a patadas, a palazos, a cuchilladas, primero en las orejas, los rostros, las falanges de los dedos. Hasta un burro degollaron. Los más afortunados recibieron un tiro de fusil en el rostro. Tres días duró el carnaval porque los paramilitares paraban la matanza y bebían cervezas, bailaban con las viudas, comían, reían, después, de pronto, continuaban, ebrios de sangre y de licor. Mientras tanto, a una distancia calculada, esperaba el Ejército cómplice, también asesino. En octubre de 2002, las Farc explotaron cuatro bombas en El Carmen de Bolívar. La muerte era dueña y señora, nadie salía de su casa por miedo a encontrársela. Los del Colectivo, entonces, colgaron una sábana blanca en una pared del parque y presentaron una película: *Estación central*, esa historia de una mujer en Brasil que escribe cartas

por encargo a personas analfabetas y que termina heredando a un niño cuya madre acaba de ser atropellada. El parque de El Carmen se fue llenando de gente y al final, contra todo pronóstico, hubo ánimos para hablar sobre el valor de persistir más allá del dolor y del miedo. La gente alzaba la mano y pedía la palabra.

—El televisor gigante siempre muestra cosas para pensar. Uno aprende y se llena de motivos buenos, aunque sean historias tristes —dice un hombre de sombrero sobre un burro de orejas puntiagudas y ojos somnolientos. Nadie sabe cuántas películas se han proyectado en el parque. Con el tiempo, *Línea 21* se convirtió en un modelo de participación y promoción comunitaria, algo así como un plan de resistencia social gracias al cual la gente aprendió a decir en voz alta lo que pensaba en silencio. Pronto, además de programas de televisión y cine foros, el Colectivo diseñó talleres de capacitación en temas al parecer ininteligibles para campesinos: deberes cívicos, nociones de constitucionalidad, derecho internacional humanitario, participación ciudadana, diseño y ejecución de planes sociales. Es posible que, quince años después, el Colectivo haya formado a cerca de treinta mil personas de los municipios de los Montes de María en temas que, entre otros, han incluido cocina saludable, elaboración de guiones radiales, fotografía, recreación y deporte, maquillaje artístico, construcción de títeres, primeros auxilios, psicología de la familia... —Yo soy lo que soy porque aquí me enseñaron. Ahora quiero trabajar como guionista para un canal de Estados Unidos que se llama *Telemundo* y demostrar de lo que somos capaces los nacidos en El Carmen —dice José Solórzano, de 35 años. Atrás de él hay un estante con cientos de casetes de video y un televisor donde un hombre viejo cuenta la historia de cuando le daba miedo hablar por televisión y se le enredaban las palabras en el pecho. —Ya no —dice feliz. En octubre de 2003, el Colectivo de Comunicaciones Montes de María se ganó el Premio Nacional de Paz.

—Yo estaba en Bogotá ese día. Fue una emoción tremenda para todos. Sentimos que no estábamos solos, ese fue el verdadero premio —dice Soraya Bayuelo, seis años después. En total, el Colectivo recibió 50 millones de pesos con los que compraron equipos de televisión y organizaron un ciclo de capacitaciones para madres viudas de El

Carmen. Hubo entrevistas en radio, en televisión nacional, en los periódicos, y en el lejano centro del país, el de las ciudades con agua potable y moles comerciales con pistas de hielo y coliseos a escala para conducir carros de carreras, allá donde todavía hay gente que insiste en que no hay una guerra en el campo, “o sea, nada qué ver”, oyeron el relato del Colectivo de los Montes de María con asombro.

La verdad, en estricto orden, es que ninguno de los testimonios vueltos a narrar por los miembros del Colectivo era noticia nueva. Cada tragedia que se repitió en las entrevistas ya había tenido su minuto en televisión. Seguro es parte de nuestra desventura: se ha derramado tanta sangre, todos los días, en tantas partes, que terminamos por no recordar nada de lo que muestran los noticieros. El horror por una masacre como la de El Salado, por ejemplo, se cura un instante después, en la sección de farándula. —El Premio fue una bofetada contra el olvido. Fue como si nos pusieran una lupa encima. Nos sentimos como un grillito al que le cuentan las patas —recuerda María Eugenia Lora, que se vinculó al Colectivo en 1999, con 17 años. Ahora ella es profesora de un grupo de estudiantes que cumplen su servicio social de ochenta horas antes de graduarse de bachilleres. —El Premio Nacional de Paz nos agigantó, claro, y nos impuso otros retos. Seguir sin irnos, por ejemplo, mantener la fe, resistir —dice María Eugenia mientras camina por una calle de tierra, de casas a los lados con techos de lata, niños en las puertas, cerdos flacos escarbando el piso de lodo. Por allí mismo, recuerda un hombre, bajaron los muertos de una masacre en los Montes, los cuerpos envueltos en sábanas, la sangre bautizando el suelo.

Quince años después, el canal *Línea 21* todavía existe, pero se está encogiendo porque, además de ganas, hacer televisión comunitaria cuesta dinero, y la plata se la llevan otros, los políticos sucios, por ejemplo. En El Carmen recuerdan que en el 2003, el mismo año en que recibieron el Premio Nacional de Paz, el presidente Uribe y su comitiva de ministros apresurados visitaron el municipio para, así lo anunciaron, inaugurar las obras del acueducto. Hubo banda marcial y pólvora y discursos. Para convencer a la comitiva de los adelantos logrados en el pueblo, el Alcalde puso a funcionar una fuente al lado de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Ese día el

sol era el de casi siempre, irascible, sin nubes estorbándole, agudo como un grito en el oído. Los ojos congestionados de los ilustres visitantes aplaudieron que el agua servida por los primeros tubos del acueducto al fin corriera. Emocionados, algunos miembros de la comitiva presidencial acercaron sus cabezas sudorosas al chorro cristalino. Fue un engaño ridículo, recuerda José Solórzano, el guionista que sueña trabajar en Telemundo.

El Alcalde y sus secuaces llenaron la alberca con agua de pozo y conectaron una motobomba de tal suerte que el líquido fluía como si, en efecto, estuviera llegando de alguna parte. Cuando se marchó el Presidente desmontaron el artificio y la sed de siempre siguió intacta. ¿Alguien sabe cuántos miles de millones enviados por el gobierno han ido a parar a los bolsillos de alcaldes, concejales, contratistas, funcionarios de El Carmen?, ¿a alguien le importa? La fuente sigue ahí, como adorno inútil, al lado de la iglesia, con el agua anegada del último aguacero, larvas de zancudo nadando en el fondo, entre colillas de cigarrillo y envases rotos. Hay quienes insisten en que El Carmen sí ha progresado en estos años de Seguridad Democrática.

Ahora el municipio tiene tres servicios de televisión satelital que compiten con Línea 21, todos ellos con una oferta de películas gringas, de videos musicales, de telenovelas, de deportes, de más y más películas. Mientras el Colectivo ofrece conexión a 27 canales, los otros duplican esa cifra y cobran menos. Así van las cosas. Rodrigo Trujillo Guerra se lamenta. Dice que ahora, después de la desmovilización de los ejércitos paramilitares y el repliegue de las Farc, la mayor acechanza en los Montes de María no son los fusiles sino el tiempo perdido al que están sometidas miles de familias, horas, días, semanas, meses, años sin hacer nada, comiendo lo que pueden, sin trabajar en nada, sin poder soñar en nada. Un funcionario de la Alcaldía calcula en un setenta por ciento el nivel de desempleo en el municipio y hasta los que un día fueron entusiastas integrantes de los programas del Colectivo se han ido retirando poco a poco. —Se quedan en sus casas viendo películas, resignados, dominados por el entretenimiento fácil— dice el muchacho, de 24 años, alumno de otro taller recién comenzado sobre medios audiovisuales.

Para Soraya Bayuelo es un momento de cambio, pero no de derrota, de ninguna forma. Mientras los políticos de siempre insisten en que la paz ya llegó a los Montes de María, ella sabe que no, que aún no llega. La paz, lo vive repitiendo, no es solo ausencia de ejércitos cortadores de cabezas. Además de eso, dice, la paz también es convivencia pacífica, y eso significa servicios públicos, asistencia médica, trabajo digno, oportunidades de estudio, espacios de recreación, todo eso que la mayoría de los pobladores de El Carmen sólo puede ver por televisión, en películas que parecen de ciencia ficción, con personajes que comen tres veces al día y tienen hijos que van a la escuela y toman jarabes de tos cuando están enfermos y usan zapatos y se pueden bañar y toman agua potable y usan sanitarios. En el Colectivo insisten en que todo aquello es un derecho ya ganado por la gente. A veces ocurren cosas prodigiosas.

Un día, después de un taller sobre los derechos de los niños, Angélica Arrieta, de 14 años, propuso hacerle una fiesta a Los Mangos, su barrio, y en adelante establecer aquel día como su fecha de aniversario. Los vecinos estuvieron de acuerdo y desde entonces, cada año, la gente se reúne y hace un baile para celebrar que siguen vivos, que no están del todo solos, que se tienen los unos a los otros y que la estrechez todavía no los asfixia. Angélica es trigueña, gordita, de ojos cafés, el izquierdo enfermo, tal vez salpicado por un líquido caliente alguna vez. Su papá se llama Jorge y carga bultos en la plaza, a veces vende naranjas en el parque, y lápices. Extraño surtido. Angélica lo explica con una sencillez demoledora: —No es tan raro. Es que en El Carmen nos gusta tomar jugo mientras escribimos lo que pensamos, así calmamos la sed y evitamos que las cosas importantes se nos olviden.

* * *

Abel Montes Cabello se toma un tiempo, corre detrás de un automóvil de vidrios polarizados con su surtido de flores en los brazos, después regresa. —El jugo de corozo se prepara así, patrón: se ponen a cocinar en una olla con bastante agua. Antes se lavan bien. Y entonces se dejan hervir. Eso suelta una tinta roja y se van

sacando los corozos sin piel. El agua se deja enfriar, se cuele, se le echa azúcar, si tiene hielo mejor. Mi papá decía que cuando dios tenía sed tomaba jugo de corozo, así es la cosa, no se ría. ¡Lo que yo diera por tomarme un vaso!